

Por José M. Ciampagna

La mensura Peña

Juan Alberto Peña, oriundo de los pagos de Río Cuarto de la Provincia de Córdoba, de profesión agrimensor, realizó la mensura de la estancia “El Aguaribay” un verano a principios del siglo XX en la Provincia de Salta. El campo quedaba en los confines del norte argentino limitando su parte norte con Bolivia.

Mensura difícil aquella y una de las más grandes realizadas en el norte argentino. La estancia tenía más de 135.000 hectáreas, importantes partes de monte cerrado y numerosas quebradas tapaban horizontes y visuales y hacían casi imposible el trabajo. Calor de día, frío de noche, bichos de todo tipo dificultaban la tarea. Las garrapatas se prendían a caballos y humanos. Jejenes, cacharras y felpidos lastimaban y coloreaban de rojo la piel.

El agrimensor Peña comandaba su grupo de ayudantes en medio del infierno, guiados con la brújula del teodolito Breithaupt. Habían comenzado por el norte partiendo de los hitos con Bolivia e iban, por el lado Oeste, siguiendo la dirección y bordeando el río, y terminando su trabajo y cerrando el círculo por el Este hasta llegar al punto de partida.

La medición había durado más de 6 meses; largas poligonales de muchos vértices y lados cortos, interminables picadas iban definiendo el límite del campo. De aproximadamente forma rectangular, la superficie lindaba al norte con parte del límite con Bolivia, los lados mayores del rectángulo se desarrollaban de norte a sur. El primero de ellos, el del costado Oeste, seguía al río Pantano Hachado. El del costado Este, por medio, lindaba con campos fiscales ocupados por infinitos poseedores. Cerraba el rectángulo en el lado sur, parte de la quebrada del Indio.

Mojones de hierro forjados en cruz, clavados en la dura roca, eran los únicos testigos de los cientos de vértices medidos a lo largo del límite. Las distancias eran medidas con cadena de agrimensor y los ángulos con un teodolito Breithaupt Kassel de origen alemán de 20 segundos de precisión.

El difícil abastecimiento de comida fresca, de frecuencia semanal, provocaba que siempre se comía lo mismo en almuerzo y la cena. Trozos de carne de chivo asados

de la zona, charque, alternando con mulitas, mate y pan casero con grasa endurecida por el tiempo era la escueta dieta. Lo único bueno y reconfortante era el mate amargo de la mañana y el abundante vino de la noche para matar la angustia y caer en un profundo sueño. Se dormía en catres de lona dentro de carpas tipo Imperio de origen inglés.

Cuando las penurias del campo, por fin terminaron, vinieron las tareas de gabinete en el antiguo casco de la estancia. Aquellos momentos eran buenos; se acompañaban de ricos pasteles, tortas caseras con té o café. Para calcular las coordenadas y superficies se usaba la “pascalina”¹ traída de España y la tabla de Dupuy para las funciones trigonométricas. Los cierres angulares y coordenadas eran aceptables para el valor de aquellas tierras en el 1900. El dibujo del plano llevó varias semanas, y de pronto solo quedaba la entrega final y cobrar el servicio.

Los Aliaga Torres, dueños de la estancia, pagaron los honorarios y gastos del agrimensor en conformidad. Volver a Río Cuarto y disfrutar de la seguridad del dinero ganado, era la ansiada recompensa del trabajo profesional de Peña.

Juan Alberto, en su hogar en Río Cuarto, más tarde escribió la memoria de la mensura. Describió su trabajo, día por día, pasó por paso, lo que se detallaba en su escrito, mencionó todas las hazañas y penurias pasadas en Salta. Mencionaba el antiguo pozo de agua, realizado por indígenas, a veintisiete metros del límite determinado, a 45 grados con rumbo noreste, a la vera interna del mojón treinta y cuatro (34) que marcaba el sur del campo.

Los Gómez Pizarro y los Achával

Difíciles años corrían en la década del treinta del siglo pasado. La crisis económica mundial tenía repercusiones en la Argentina. Precisamente: en mil novecientos treinta y ocho (1938). La producción agro ganadera no era la excepción y necesitaba de grandes hombres para su manejo. Uno de los capataces, Heriberto, hijo de Pedro Gómez Pizarro y de Alfonsina Agüero, era uno de ellos. Él se ocupaba de la parte Sur de la estancia Aguaribay, perteneciente a los Aliaga Torres, viejos terratenientes de la zona.

Heriberto Gómez Pizarro era un típico ejemplo de aquellos hombres que hoy no existen; criollo, de temple duro, trabajador incansable, hábil para todo, criado en el campo, de palabra, y fiel a sus principios y patrones. Pero no todo era sencillo.

¹ “pascalina”, nombre de la máquina de calcular creada por Blas Pascal

Había heredado de sus padres, junto a otras pocas pertenencias, el problema del límite. En carne propia sufría las disputas por el pozo de agua con sus vecinos Achával. El viejo pozo de agua, según la leyenda construido por indios, hoy desaparecidos, profundo, de aguas minerales puras, era la única riqueza de la zona y causa de vida o muerte de aquellos vecinos. Ambos —Los Pizarro, en representación de los Aliaga Torres, y los Achával— se asignaban concurrentemente su propiedad. Se habían perdido los viejos mojones que definían la disputa. Se echaban la culpa mutuamente, el uno al otro, de retirar las señales del límite.

Los Achával eran dos hermanos, gauchos matreros de poca educación, diestros del cuchillo, amantes del vino, de los caballos y de contar las historias de sus famosas fechorías. Pendencieros. Se comentaba que uno de ellos, —Darío—, había estado flirteando con Ana, la hermana de Heriberto Gómez Pizarro, la había embarazado y ella, ante el no reconocimiento de su amante, decidió abortar. Esta situación embarazosa y oculta, más la lucha por el agua, había acrecentado el odio entre las dos familias. La madre de los Achával, viuda, buena mujer, trabajadora de poco carácter, sufría el mal comportamiento de sus hijos. Ellos eran viejos ocupantes de las tierras fiscales lindantes al Sur Este del Aguairibay. Vivían de la crianza de cabras, caballos y algunas vacas, a diferencia de la familia Gómez Pizarro, que eran trabajadores de la tierra y usaban el agua del pozo para regar. Sus cosechas le daban un buen vivir, pagaban rigurosamente el diezmo a los Aliaga Torres, y generaban, con su progreso, la envidia de los Achával.

Los hermanos Achával, poco amigos del trabajo, vivían del peaje del agua, y de la venta de pieles y animales. Parece ser que el viejo Gómez Pizarro, padre de Heriberto, ante la repentina viudez de la madre de los Achával, en un ataque de lástima y sus entonces pequeños hijos, había ayudado a la mujer en su momento y para no herirla en su orgullo había reconocido verbalmente ciertos derechos sobre el pozo de agua. Hoy sus descendientes sufrían las consecuencias de aquella buena acción, que se convirtió en uso y costumbre del derecho del uso del pozo en el tiempo.

La pelea

Se cuenta que un día, Darío, amante de Ana y padre de la criatura muerta, se había peleado muy fuerte con Heriberto. La disputa había comenzado con el tema del pozo y los derechos de agua, y siguió con fuertes ofensas personales. Darío había insultado a Heriberto, se les escapó la palabra “putas” en referencia a Ana y a doña Alfonsina, madre de Heriberto. De a poco, creciendo la agresión mutua, se fueron finalmente a las manos. Heriberto le proporcionó un puñetazo certero a Darío y este,

en consecuencia, sacó su cuchillo con ánimo de darle muerte. El capataz no dudó, era cuestión de matar o morir, tomo su revólver de su cintura y mató a Darío de un certero tiro en el corazón.

El polo turístico

El viejo pozo de agua de la zona sur de la histórica estancia Aguaribay era el secreto del polo turístico. El pozo suplía, no solo abundante agua para el riego, sino también las necesidades del Hotel de cinco estrellas. El agua del dique, aguas arriba, había cambiado el régimen del pozo para bien. Hoy proveía abundante flujo proveniente del dique, filtrada el agua entre las areniscas subterráneas del pleistoceno de aquellas montañas, se presentaba límpida y pura.

Pasado el siglo XX, los hermosos paisajes del norte salteño eran el refugio de turistas europeos que auguraban la prosperidad del emprendimiento con sus euros. Muchos de ellos habían manifestado su intención de quedarse en la zona para pasar sus vacaciones en aquellos bellos parajes. La poca distancia al aeropuerto, los caminos consolidados, el clima templado, los bellos paisajes y sobre todo la tranquilidad eran ansiados recursos de ricos y famosos. El dique Calueya también favorecía la zona, sus aguas de montaña cristalinas, los hermosos árboles de jotidia y su hermosa sombra favorecían el descanso y la salud. Por último, la visita al casco histórico de la estancia, junto con las demostraciones artísticas de los gauchos, las famosas y requeridas empanadas salteñas y el típico asado del norte, eran atractivos obligados para los turistas.

La división de la Estancia

La estancia Aguaribay se había dividido sucesivamente y poco quedaba del antiguo esplendor, los sucesores de los Aliaga Torres estaban en decadencia y fueron vendiendo sus tierras. Hoy, 20 de septiembre de la primavera del 2010, el campo más grande tiene solo 850 hectáreas. Todos sabían de los problemas acarreados por la vieja mensura. Se habían perdido muchos mojones, sobre todo los del borde del río Pantano Hachado en ocasión de la construcción del camino nuevo. Las medidas precisas de los nuevos aparatos topográficos electrónicos ya no coincidían con las viejas medidas del antiguo plano del agrimensor Peña. Con ingeniosos recursos y tomando de referencia algunos de los viejos estacones de hierro que quedaban, se habían dividido las tierras.

Los peritos

Cristian Salvaro, nacido en Buenos Aires, agrimensor recibido en la UBA² había sido nombrado perito de parte de la sucesión Achával. Cristian empezó a medir y replantear el viejo recorrido de las poligonales de la vieja mensura Peña. Empezó por los hitos del norte recorriendo el costado del Este hasta llegar al pozo de agua. El agrimensor Salvaro determinó que el pozo quedaba fuera de los límites de la estancia Aguaribay, según sus medidas y buen criterio.

Jorge Agüero, nacido en San Luis, había sido nombrado perito de parte de la sucesión Gómez Pizarro. Jorge también comenzó por los hitos del norte, pero recorriendo el camino inverso, recorriendo el costado oeste hasta llegar al lugar del pozo. El agrimensor Agüero determinó que el pozo quedaba dentro de los límites de la estancia Aguaribay, según sus propias medidas y buen criterio.

Los dos agrimensores habían corroborado sus medidas y verificado sus mediciones con puntos medidos con GPS. No había posibilidad de errores. Todas las mediciones de ambos peritos estaban bien. Es decir, seguía la controversia.

El viejo juicio por el pozo estaba por terminar. ¡Cuanto odio y rencor acumulado entre los sucesores de los Achával y los Gómez Pizarro buscaban triunfo y venganza...! La gran pregunta era: ¿Quién tenía razón?, ¿quedaba el pozo dentro o fuera de la estancia Aguaribay?. ¿El pozo era propiedad de la sucesión Gómez Pizarro o de la sucesión Achával?

Córdoba

Un viejo profesor de agrimensura de la Facultad de Córdoba recordaba:

—No basta con medir, la mensura es aplicar la inteligencia del título al terreno—

—Buscar y agotar antecedentes de viejos acuerdos de límites entre colindantes, los textos de los títulos y las definiciones del objeto del derecho es la tarea del agrimensor— el profesor, agregó en su magistral charla.

Sus estudiantes atendían con fruición. Entre ellos Juana, hija del amor de María Achával y de Alberto Gómez Pizarro. Ella, una estudiante salteña, descendiente de aquellas viejas familias del sur de la antigua estancia “El Aguaribay”.

² UBA - Universidad de Buenos Aires

Córdoba, la docta, siempre fue el centro de estudios de muchas de las provincias de Argentina y en esos momentos la gente del norte todavía enviaban sus hijos a estudiar a la Capital de la provincia mediterránea.

El veredicto

El perito judicial designado por sorteo, Agrimensor Luis Bosco, oriundo de los pagos de Río Cuarto, buscando antecedentes, había recobrado la antigua memoria de la mensura Peña, fechada el 5 de julio de 1903 y resolvió finalmente la disputa.

Los dos peritos habían realizado bien su trabajo. Bosco descubrió que el problema estaba en la precisión inicial de los trabajos de la mensura Peña. Los lados cortos de las poligonales, las mediciones con cadena, el instrumental usado no permitía saber de qué lado quedaba el pozo. Es decir, no se inclinó por ninguna de las dos posiciones.

La fuente de agua pura y mineral del antiguo pozo incaico sigue estando al Sur de la vieja estancia “El aguaribay”. La naturaleza no sabía de límite alguno, era un problema de acuerdo entre humanos.

El mundo era otro: la imagen de satélite y la posterior solución

Pedro Farías, agrimensor y geofísico, trabajaba en una empresa de exploración petrolera y estaba de vacaciones en Salta. Era una amante de la geomorfología y le apasionaba saber sobre la historias de la formación del paisaje. Paseando por la zona le llamo la atención la presencia del pozo de agua. Era una conformación geológica inesperada para que hubiera semejante fuente de agua en ese lugar.

En una noche de whiskies y parranda, charlando con Joaquín, un joven descendiente de los Arrieta, se entera de la historia del pozo y las controversias y disputas generadas por esa fuente de agua y riqueza.

A la mañana siguiente se levantó tarde y con dolor de cabeza. A las 10:30 de la mañana lo llamo su jefe desde Neuquén por un problema de un pozo petrolero en la Bajada del Agrio. Buscando solución al problema, abrió unas imágenes de satélite para buscar la respuesta que le solicitaba su gerente. Luego de solucionar el problema, ante la duda que le generaba la presencia del pozo de agua en ese lugar, acudió a la imagen de la zona y descubrir el porqué de esa curiosidad de la naturaleza. Después de algunos supuestos, encontró la razón en un modelo en tres dimensiones, donde descubrió un fuerte desnivel entre la cuenca superior de aporte

de la zona del pozo que sumado a la presencia de terrenos sedimentarios y un posible viejo paleo cause eran sin duda la justificación perfecta de encontrar agua subterránea en el lugar. También pudo observar que en otro lado, francamente ubicado dentro de los límites de la estancia el Aguaribay, debería reproducirse el fenómeno. Solo habría que perforar y verificar su teoría.

Pasando el mediodía, se encontró nuevamente con su compañero de juerga y le comento su descubrimiento. Joaquín Arrieta, ante el dato aportado de su circunstancial amigo, le pidió si le podía mostrar el lugar donde hacer la perforación en el terreno y fueron esa tarde al sitio guiados por su navegador GPS y enterraron un estacón de hierro, además de poner marcas para encontrarlo.

Pasaron meses antes de hacer la perforación, el diálogo entre los Arrieta y los Achával no fue fácil de sobrellevar, trabajar juntos para hacer un nuevo pozo era un imposible. Pero al fin lo lograron, finalmente se construyó el pozo con el esfuerzo de las dos familias.

Le historia del pozo, símbolo de las discordias familiares, se transformó en un centro de aprendizaje sobre la región y un recurso compartido para la comunidad. Las dos familias, juntas, inauguraron el nuevo espacio, demostrando que la reconciliación y el trabajo en conjunto pueden surgir incluso de las divisiones más profundas. El acuerdo entre humanos fue posible, claro que después de la sabiduría profesional de Pedro Farías.

Dicen que Pedro y Juana, se conocieron en la fiesta de inauguración del pozo. Se casaron al poco tiempo, tienen dos hijos, y construyeron su casa cerca del nuevo pozo. Ella trabaja de agrimensora en la zona y él consiguió el traslado a Salta y es jefe de exploración de una importante compañía de petróleo en el Norte argentino.

El agrimensor Peña, desde su morada en el cielo eterno, no deja de reflexionar sobre las consecuencias de su mensura, los amores y odios que se generaron, los cambios producidos en su profesión por el avance de la tecnología, y el recuerdo nostálgico de su confiable teodolito Breithaupt a nonius.